Ministerio

Noticias de Actualidad

Embajada de los Estados Unidos de América - Madrid

BIBLIOTECA HISPANICA-MADRID

EDICION ESPECIAL

25 de Octubre de 1950

DISCURSO DE TRUMAN A LA ASAMBLEA GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS.

I. C. M.

Flushing Meadow, 24.- Texto completo del discurso pronunciado por el Presidente Truman ante la Asamblea especial de las Naciones Unidas con motivo del quinto aniversario de las Naciones Unidas.

Sr. Presidente, Sr. Secretario General, miembros de la Asamblea General, y personal de las Naciones Unidas:

Hoy hace cinco años que entró en vigor la Carta de las Naciones Unidas. En virtud de aquel acontecimiento, el 24 de Octubre de 1945 fué un gran día en la Historia del mundo.

Mucho antes de ese día, la idea de una asociación de naciones capaces de mantener la paz había vivido como un sueño en los corazones y en las mentes de los hombres. Woodrow Wilson fué el autor de esa idea en nuestro tiempo. La organización que adquirió vida el 24 de octubre de 1945, representa nuestro mayor avance hacia la transformación del sueño en una realidad.

Las Naciones Unidas nacieron en la agonía de la guerra: la guerra más terrible de la Historia. Los que redactaron la carta tuvieron, en realidad, menos parte en la creación de las Naciones Unidas que los que lucharon y murieron en esa guerra. Los que trabajamos para llevar a cabo sus grandes principios debemos recordar siempre que esta organización debe su existencia a la sangre y al sacrificio de millones de hombres y mujeres. Ella ha sido construída con sus esperanzas de paz y de justicia.

Las Naciones Unidas representan la idea de una moralidad universal, superior a los intereses de las naciones individuales. Sus cimientos no descansan sobre el poder ni sobre el privilegio, sino sobre la fe; sobre la fe de los hombres en los valores humanos; sobre la creencia de que los hombres de todos los países tienen los mismos elevados ideales y luchan por los mismos objetivos de paz y justicia.

Esta fe está profundamente arraigada en el pueblo de los Estados Unidos de América y, creo, que en los pueblos de todos los demás países.

Podrán flaquear los gobiernos en su apoyo de las Naciones Unidas, pero no los pueblos del mundo. La demanda de orden y justicia internacionales por parte de los hombres y mujeres de todo el mundo constituya una de las fuerzas más poderosas en estos tiempos de perturbación.

Acabamos de tener en Corea una vívida demostración de esta realidad. La invasión de la República de Corea constituyó un desafío directo a los principios de las Naciones Unidas. Este desafío recibió una respuesta abrumadora. El pueblo de casi todos los países miembros apoyó la decisión del Consejo de Seguridad de hacer frente a esta

agresión con la fuerza. Pocos actos han recibido en nuestros tiempos una aprobación tan general.

Al unirse para aplastar la agresión en Corea, estas naciones miembros no han hecho sino lo que la Carta estipulaba; pero lo importante es que lo han hecho y lo han hecho con éxito. Han dado una prueba solemne de que la Carta sirve; han demostrado que la carta es un instrumento vivo que cuenta con el apoyo de la fuerza material y moral de los miembros, grandes y pequeños.

Los hombres que perdieron la vida en Corea en holocausto de las Naciones Unidas, ocuparán un puesto en nuestra memoria y en la del mundo, eternamente. Ellos murieron para que las Naciones Unidas pudieran vivir. Como resultado de sus sacrificios, las Naciones Unidas son hoy más fuertes que nunca. Hoy día es mucho más capaz que antes de llenar las esperanzas que los hombres pusieron en ella.

Creo que el pueblo del mundo tiene la confianza de que las Naciones Unidas le ayudará a lograr dos grandes propósitos. Tienen puesta la mirada en ellas en la esperanza de que les ayudará a mejorar las condiciones de vida en que viven. Esperan de ellas que cumplan su profundo anhelo de paz.

Estos dos propósitos están íntimamente entretejidos. Sin paz, es imposible hacer progresos duraderos hacia una vida mejor para todos. Sin progreso en el bienestar humano, los cimientos de la paz serán inseguros. Por eso jamás podemos permitirnos abandonar estos propósitos.

Hoy los hombres aspiran en todo el mundo a una vida mejor. Necesitan emanciparse del yugo y de la injusticia del pasado. Necesitan forjar sus propios destinos. Estas aspiraciones de la Humanidad pueden realizarse -sin conflicto ni derramamiento de sangre- mediante la cooperación internacional a través de las Naciones Unidas.

Para los que nos encontramos en este salón, las Naciones Unidas que vemos y oímos están compuestas de discursos, debates y resoluciones; pero para millones de personas, las Naciones Unidas son una fuente de ayuda directa en sus vidas cotidianas. Para ellas supone una caja de alimentos o una caja de libros escolares; un médico que vacuna a sus hijos; un experto que les enseña a cultivar más arroz o más trigo, en su campo; una bandera que marca un puerto para el refugiado; una comida más al día para una madre lactante.

No son sólo estos los únicos medios con los que las Naciones Unidas ayudan a la gente a ayudarse a sí mismas. Van más allá de las cosas materiales y prestan su apoyo a los valores espirituales de la vida del hombre.

Las Naciones Unidas pueden ayudar y ayudan al pueblo que desee ser libre. Ayudan a los pueblos no autónomos en su progreso hacia la autonomía. Y cuando nuevas naciones han alcanzado la independencia, las ayuda a mantener y desarrollar su libertad.

Además, las Naciones Unidas están robusteciendo el concepto de la dignidad y del valor del ser humano. La protección a los derechos del hombre es esencial si queremos lograr una vida mejor para la gente. El esfuerzo de las Naciones Unidas para dar impulso a una realización cada vez más amplia de estos derechos es una de sus más importantes tareas.

Hasta ahora, esta labor de las Naciones Unidas para el progreso humano constituye tan sólo el principio de lo que puede ser y será en el futuro. Las Naciones Unidas aprender a través de la experiencia. Están aumentando su prestigio entre los pueblos del mundo, y la creciente efectividad de sus empresas para mejorar el bienestar del ser humano está abriendo una nueva página de la Historia.

La capacidad y la experiencia de las Naciones Unidas en este campo, serán puestas

a prueba ahora que la lucha en Corea está a punto de terminar. La reconstrucción de Corea como nación libre, unida y autosuficiente, constituye una oportunidad para demostrar que la cooperación internacional puede hacer progresar la libertad y prosperidad humanas.

La labor de las Naciones Unidas para el progreso humano, por importante que sea, sólo podrá ser plenamente eficaz si podemos alcanzar el otro gran objetivo de las Naciones Unidas: una paz justa y duradera.

En los momentos actuales, el temor de otra gran guerra internacional ensombrece las esperanzas de la Humanidad. Este temor nace de la tirantez entre las naciones y de la reciente y descarada agresión en Corea. En los Estados Unidos creemos que esta guerra puede ser evitada; no creemos que la guerra sea inevitable.

Una de las más fuertes razones de esta creencia es nuestra fe en las Naciones Unidas. Las Naciones Unidas tienen tres grandes papeles que jugar en evitación de las guerras.

Primero: Proporciona un medio para la negociación y la solución de las disputas entre las naciones por medios pacíficos.

Segundo: Proporciona el modo de utilizar la potencia colectiva de las naciones miembros, en virtud de la Carta, para impedir la agresión.

Tercero: Proporciona un medio con el cual, una vez reducido el peligro de agresión, las naciones pueden ser aliviadas de la carga de los armamentos.

Todos nosotros debemos ayudar para que las Naciones Unidas realicen con eficacia estas funciones.

La carta obliga a todos nosotros a solventar nuestras disputas pacíficamente. Hoy es paranosotros una buena ocasión de reafirmar solemnemente nuestras obligaciones contraídas en la carta. Pero debemos ir más lejos dentro del espíritu y hasta de la letra de la carta. Debemos procurar hallar ajustes pacíficos de las situaciones de tirantez antes de que ésta degenere en una verdadera disputa.

Actualmente, los problemas básicos del mundo afectan al destino de millones de personas. Aquí, en los Estados Unidos, tanto los grandes como los pequeños, tienen la oportunidad de hacer oír su voz acerca de estos problemas. Aquí pueden considerarse los intereses de cada país en la solución de los problemas que son de preocupación común.

Creemos que la negociación es una parte esencial de este proceso pacífico. Los Estados Unidos, como miembro de las Naciones Unidas, están dispuestos, ahora como siempre, a entrar en negociaciones. Tan sólo insistimos en que deben establecerse las negociaciones con buena fe y que deben estar regladas por un espíritu de buena voluntad para llegar a las soluciones debidas.

Aun cuando seguiremos aprovechando toda oportunidad —en las Naciones Unidas o en cualquier otra parte— para liquidar las diferencias por medios pacíficos, la dura experiencia nos ha enseñado que no podemos fiar solamente en la negociación para conseguir la paz.

Hace cinco años, después de la sangre y de la destrucción que costó la segunda guerra mundial, muchos de nosotros esperábamos que todas las naciones trabajarían unidas para llegar a la seguridad de que la guerra no volvería a estallar jamás. Esperábamos que la cooperación internacional, apoyada por la fortaleza y autoridad moral de las Naciones Unidas, sería suficiente para impedir la agresión.

Pero no ha sido así.

Aunque muchos países disolvieron sus ejércitos de tiempo de guerra, otros países siguieron manteniendo fuerzas tan considerables que constituían una constante amenaza de agresión. Este año, la invasión de Corea nos ha demostrado que hay quienes recurrirán a la guerra abierta, contraria a los principios de la carta, si ella conviene a sus fines.

En estas circunstancias, si las Naciones Unidas han de ser un instrumento eficaz para mantener la paz, no tienen otra alternativa que la de utilizar la potencia colectiva de sus miembros para poner freno a la agresión. Para ello, las Naciones Unidas deben estar dispuestas a utilizar la fuerza. Las Naciones Unidas hicieron uso de la fuerza para reprimir la agresión en Corea, y al hacerlo así han reforzado considerablemente la causa de la paz. Celebro mucho que en esta sesión se estén dando nuevos pasos para preparar una rápida y efectiva actuación en cualquier caso futuro de agresión.

La resolución sobre la acción unida para la paz, que ahora está estudiando la Asamblea General, reconoce tres principios importantes:

Para mantener la paz, las Naciones Unidas deben ser capaces de llegar a un buen conocimiento de los hechos acerca de cualquier amenaza de agresión. Seguidamente, deben ser capaces de llamar rápidamente a todas las naciones miembros para actuar si la amenaza adquiere serios caracteres.

Por encima de todo, las naciones amantes de la paz deben disponer de poderío militar cuando sean llamadas a actuar decisivamente para sofocar la agresión.

Las naciones amantes de la paz están creando ese poderío.

Sin embargo, por mucho que se lamente esta necesidad, seguirán incrementando su poderío hasta que hayan creado fuerzas que sean lo bastante fuertes para mantener la paz bajo las Naciones Unidas. Ellas harán todo lo que sea necesario para proporcionar una defensa contra la agresión; y lo harán así porque, vistas las condiciones que ahora existen en el mundo, es la única manera de mantener la paz.

Nosotros procuramos acumular fuerzas para la paz mientras sea necesario; pero debemos, al mismo tiempo, seguir luchando, a través de las Naciones Unidas, para lograr el control internacional de la energía atómica y la reducción de los armamentos y las fuerzas armadas. Un desarme cooperativo y efectivo haría que fuera muy remoto el peligro de guerra; sería un medio de lograr los elevados propósitos de las Naciones Unidas sin los tremendos gastos de armamentos que las condiciones en que se encuentra el mundo hacen hoy imperativos.

El desarme es la alternativa que los Estados Unidos preferirían tomar, la que casi todas las naciones desearían adoptar.

Durante casi cinco años, dos comisiones de las Naciones Unidas han trabajado sobre el problema del desarme. Una comisión se ha venido ocupando de la eliminación de las armas atómicas y la otra de la reducción de otros tipos de armamentos y de fuerzas armadas. Hasta ahora, estas comisiones no han conseguido un acuerdo entre todas las grandes potencias. De todas formas, estos años de esfuerzo han servido para atraer la atención de todas las naciones a tres principios básicos sobre los que debe descansar todo satisfactorio plan de desarme.

El primero es que el plan debe incluir toda clase de armas. Proscribir un arma determinada no basta. El conflicto de Corea demuestra trágicamente que la agresión, sean cuales sean las armas que utilice, acarrean la destrucción.

El segundo es que el plan debe basarse en una conformidad unánime. No basta una mayoría de naciones. Ningún plan de desarme servirá para nada si no va incluído en

el todo país que tenga importantes fuerzas armadas. El desarme unilateral es una invitación a la agresión.

El tercero es que el plan debe ser inequívoco y sincero. No bastan las promesas sobre el papel. El desarme debe basarse en salvaguardias que aseguren la ausencia de todas las naciones. Las salvaguardias deben ser adecuadas para dar inmediato aviso de cualquier amenaza de violación. El desarme debe ser contínua y completamente vigilado. Debe estar basado en el libre y abierto intercambio de información a través de las fronteras nacionales.

Estos son unos principios sencillos y prácticos. Si son aceptados y se llevan a cabo, el desarme auténtico puede ser una realidad.

Es evidente que, aun cuando se llegue a un acuerdo inicial, seguiríamos tropezando con tremendas dificultades. La tarea de elaborar las fases sucesivas seguiría siendo compleja y ocuparía mucho tiempo y esfuerzo. Pero el hecho de que este proceso sea tan complejo y difícil no constituye para nosotros una razón para renunciar a la esperanza de un éxito final.

El deseo de paz del mundo es demasiado fuerte para que nos permitamos renunciar a este esfuerzo. No podemos consentir que la historia de nuestro tiempo diga que fracasamos por negligencia.

Debemos explorar todas las vías que nos ofrezcan cualquier oportunidad de que las actividades de las Naciones Unidas en esta zona vital alcancen el éxito.

Se ha realizado ya una labor muy valiosa por parte de las dos comisiones del desarme sobre los diferentes problemas técnicos con que se enfrentan. Creo que sería conveniente explorar fórmulas en las que el trabajo de estas comisiones pudiera unirse más íntimamente. Una posibilidad a considerar es si su trabajo podría adquirir más vitalidad si se continuara en el futuro a través de una nueva y consolidada comisión del desarme.

Pero mientras se establece un eficaz sistema de desarme, veamos con claridad la tarea que nos queda por hacer. La única alternativa que las naciones amantes de la paz pueden tomar en la presente situación es crear los armamentos necesarios para asegurar al mundo contra la agresión.

Esta es la norma que han emprendido firmemente ahora los Estados Unidos. Esta es la norma que continuarán siguiendo en tanto sea necesario.

Los Estados Unidos se han embarcado en la empresa de aumentar su potencia armada sólo con propósito de contribuir al mantenimiento de la paz. Ofrecemos esa fuerza al mantenimiento de los principios de la Carta de las Naciones Unidas. Creemos que los miembros de las Naciones Unidas amantes de la paz se unirán a nosotros en esa promesa.

Creo que las Naciones Unidas, fortalecidas por estas promesas, nos aproximarán a la paz que buscamos. Sabemos que las dificultades que nos quedan que vencer son grandes. La dura experiencia nos ha enseñado que el camino de la paz no es fácil.

Para los pueblos que representamos, tenemos la solemne obligación de continuar nuestros esfuerzos combinados para lograr la fortaleza que impedirá la agresión. Al mismo tiempo, tenemos la igualmente grave obligación de continuar nuestros esfuerzos para hallar soluciones a los principales problemas que dividen a las naciones. El arreglo de estas diferencias haría posible el establecimiento de un sistema eficaz y digno de confianza para la reducción y el control de los armamentos.

Aunque hoy aparece muy remota la posibilidad de alcanzar esa meta, no debemos dejar de intentarlo, porque al alcanzarla quedarían libres inmensos recursos para bien de toda la Humanidad, y permitiría a las naciones dedicar más energías a la eliminación de la pobreza, del hambre y de la injusticia.

Si se consiguiera un verdadero desarme, las naciones del mundo, actuando a través de las Naciones Unidas, podrían colaborar en un gran programa de ayuda mutua. A medida que decreciera el coste del mantenimiento de armamentos, cada nación podría incrementar notablemente sus contribuciones al fomento del bienestar humano. Todos nosotros podríamos unificar nuestros mayores recursos para ayudar a las Naciones Unidas en su guerra contra la necesidad.

En este sentido, nuestros armamentos serían transformados en alimentos, medicinas, herramientas para uso en las zonas poco desarrolladas, y en otros artículos necesarios para el progreso humano. Los últimos descubrimientos de la ciencia podrían ponerse a la disposición de los hombres de todo el globo. De este modo, podríamos dar un verdadero sentido a la vieja promesa de que las espadas se transformarán en arados y que las naciones ya no se instruirán jamás en el arte de la guerra.

Entonces, el hombre podrá dedicar su gran inventiva, sus tremendas energías y los recursos con que ha sido glorificado, a las empresas creadoras. Entonces podremos convertir en realidad la clase de mundo que durante varios siglos fué soñado por los hombres.

Esta es la meta que debemos tener siempre presente, la visión en la que jamás debemos perder la fe. Esta será nuestra inspiración y, con la ayuda de Dios, alcanzaremos nuestra meta.

La Asamblea General de las Naciones Unidas, en una de sus sesiones.